

impone tiene poco que ver con el cristianismo natural del Evangelio. De ahí el pensamiento volteriano de un cierto relativismo capaz de aceptar unas verdades religiosas en cualquiera de las geografías posibles. Pues bien: en Voltaire surge una visión de China que, en la Europa del siglo XVIII, representa una novedad revolucionaria. Uno de sus opúsculos satíricos, en efecto fechado en 1761, se titula *Rescripto del Emperador de la China*⁷, que supone escrito por el Hijo del Cielo y dirigido al ciudadano de Ginebra Juan Jacobo, «discípulo del bonzo Saint Pierre», burlándose de que dirija su programa de paz universal al rey de una aldea llamada París, junto a un arroyuelo llamado el Sena, programa que dirige a todos los pueblos de Europa, olvidándose de todo el resto del mundo, lo que mueve al emperador de la China, en una zumbona sátira, a proponer una asamblea universal en un tubo de cristal situado en el centro de la tierra⁸. Voltaire, en su aguda clarividencia, se adelantó a denunciar el protagonismo de los pueblos occidentales, lo que da lugar a una noción que va apareciendo en Europa: la de que China es como un gigante dormido; una tremenda fuerza en potencia. Y en relación con esta noción podemos instalar la frase atribuida a Napoleón, denunciando el riesgo del día en que China despierte, y que ha servido de título al famoso libro de Alain Peyrefitte.

Por uno de esos azares que suelen acompañar la buena fortuna de los investigadores, cae en mis manos otro curioso dato de la «noticia» de China en Europa a principios del siglo XVIII: en la segunda novela *Robinson Crusoe*, que Defoe publicó para aprovechar el éxito de la narración del mismo título, aparecido en 1719, el protagonista realiza un larguísimo viaje en el que llega hasta la China. Si la primera parte tiene, como se sabe, su origen en la experiencia de un naufrago, ¿de dónde sacó Defoe la información sobre el Imperio chino? ¿Qué noticias circulaban en la Inglaterra de su tiempo?

No se trata, por supuesto, de una visión deslumbrada, como la que ofrece Marco Polo. El narrador precisa: «Nuestra ciudad de Londres tiene más tráfico comercial que todo su inmenso imperio. Un barco de guerra inglés, francés u holandés de ochenta cañones se enfrentaría con todos los barcos de la China, y los destruiría.» El viajero inicia su reportaje en el «corazón de la China», entre Nanking y Pekín, y nos cuenta que viaja en el séquito de un poderoso mandarín, lo que le ase-

⁷ Vid. VOLTAIRE: *Opúsculos satíricos*, Ed. Carlos Pujol, Barcelona, 1978.

⁸ Incluso un hombre tan próximo a VOLTAIRE, como CONDORCET, publica su famoso *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, en el que sus prejuicios de iluminista no conceden a las culturas no europeas otros valores que los del fanatismo y la ignorancia, aun aceptando que la Grecia clásica recibió de Oriente valores tan importantes como la escritura y su sistema religioso (4.ª época). La evolución del Catolicismo romano marca, para CONDORCET, la instauración de una cultura dogmática, aunque valora la importancia de la cultura árabe-musulmana (6.ª época). Y reconoce la importancia de la técnica china en la invención de la brújula y en la cultura de la seda. Y protesta de que la influencia de Europa en Asia vaya aparejada a formas de despotismo (10.ª época).

gura protección suficiente. Defoe descubre magníficas manufacturas de porcelana, pero también casas extremadamente pobres; y cuando, pasada la Gran Muralla, llega a la tierra de los tártaros, describe escenas de terrible ignorancia y barbarie. La visión de Defoe es, pues, la de una China ya desmitificada.

A lo largo del siglo XIX, las noticias de China se vinculan a los intentos de colonización que, desde Europa, tienen una doble intención: la religiosa—por el camino de la evangelización—y la comercial, que se inicia con la inicua «guerra del opio» (1842), que pretendía, a cañonazos, abrir mercados a la industria europea. Roma fundó en China arzobispados y obispados; creó colegios y seminarios, ofreciendo con ello una imagen de un «pueblo a redimir».

¿Cuál es la «función» que el pensamiento europeo asigna a China en la historia universal? En el *Bouvard y Pecuchet*, de Gustavo Flaubert, uno de los inefables interlocutores, Bouvard, sostiene su optimismo hacia el futuro («el hombre moderno progresa») en una noción histórica. «Europa—dice—será regenerada por Asia. La ley histórica es que la civilización vaya de Oriente a Occidente (papel de la China); las dos humanidades acabarán fundiéndose.»

En todo caso, la *chinoiserie*, galicismo con que se designa la influencia de China en las artes decorativas, tiene su vía inicial de acceso a través del tráfico mercantil de holandeses y suecos desde finales del siglo XVII. Parece claro que es en las porcelanas de Delft donde las tonalidades azul y blanco se inspiran en motivos decorativos de la dinastía Ming. Y se desarrolla en toda Europa a lo largo del siglo XVIII, dando al final de la centuria muy disputada su difusión por la ola neoclasicista de la Europa de Winckelmann y de las primeras excavaciones de Pompeya. El romanticismo, a pesar de su pasión por lo exótico, no produjo una restauración acentuada de la *chinoiserie*, aunque la mayor intensidad del tráfico mercantil y viajero la hacía más asequible. La restauración de su presencia había de justificarla en el *fin-de-siècle*, en el decadentismo que busca el *frisson nouveau*. La poesía china, por ejemplo, inicia su influencia a través de la literatura inglesa. Algunas figuras como la del escritor inglés Lafcadio Hearn (1850-1904), que se naturalizó japonés bajo el nombre de Yakumo Koizumi, abrazando la fe budista, proyectó hacia Occidente su emoción ante el embrujo de ese mundo exótico, en libros traducidos a todos los idiomas, como *China: recuerdos de la última isla* (1889) y *Japón, intento de interpretación* (1904).

A fines del siglo XIX, Europa posee una enorme información sobre la China, como lo acredita la obra de Cordier: *Bibliotheca Sinica, Dic-*

tionnaire Bibliographique des ouvrages relatives a l'Empire chinois (París, 1878-85).

En el plano estético, surge la influencia, en especial, en las artes decorativas (biombos, abanicos, cerámicas) ya a partir del siglo XVIII. De ahí se pasa al plano de la literatura.

En la literatura francesa tiene un lugar preferente Judit Gautier, hija del gran escritor romántico Théophile Gautier, que desde muy joven aprendió chino y comenzó con *Livre de Jade* (1867) una serie de obras literarias de tema oriental, de las que destacaremos *Le dragon impérial* (1869), *Les peuples étranges* (1879), *Fleurs d'Orient* (1893), *L'avare chinois* (1908), etc.

Una alusión a Pierre Loti (1850-1923) parece conveniente, aunque su orientalismo se acerca más al mundo japonés. *Madame Crisantemo* (1887), *Japoneñas de otoño* (1889).

3. CHINA Y EL MUNDO HISPÁNICO

La avanzada de España en Oriente era, en el siglo XIX, la Capitanía General de Manila, y ya en 1852 el marqués de Miraflores intentó unas relaciones comerciales ventajosas para el archipiélago filipino, gestiones que hay que poner en relación con las de un estupendo personaje, don Sinibaldo de Mas (1809-68), catalán extraordinario, conocedor de extraños tecnicismos, inventor de un tratado de métrica cuantitativa, que llevó a buen término sus negociaciones, concertando con China un tratado de amistad, comercio y navegación, firmado en Tien-Tsin el 10 de octubre de 1864. Probablemente de este instrumento diplomático, completado con el que se firmó en Pekín en 1872, surge el trasiego de emigrantes chinos a Filipinas (donde existe una nutridísima colonia) y a Hispanoamérica, especialmente al Perú, donde regentan los más lujosos restaurantes (chifa). Añadiré que otro diplomático español, don José de Aguilar, cónsul en Hong-Kong, dedicó trece años a componer *El intérprete chino. Colección de frases sencillas para aprender el idioma oficial de China*, impreso en Madrid en 1861. Otra *Gramática china, dialecto cantonés*, firmada por B. Castañeda, se imprimió en Hong-Kong en 1869.

En España, durante el siglo XIX, hay de la China una imagen «lujosa». Ya hemos señalado la importancia de las Filipinas como bastión avanzado de España en el Extremo Oriente. Recordemos que la «nao de Acapulco», que enlazaba Manila con México, traía esplendores de lacas, seda y marfil, sin olvidar los adornos femeninos, como el pay-pay, «que en Manila se estila», tal como lo definía una canción que se hizo

muy popular. Las gentes de mi generación han visto en su niñez, en las casas de nuestra burguesía, recuerdos de los parientes que habían ido a Filipinas. Y se encuentran, pasada la moda y el momento, en nuestras tiendas de anticuarios. El mundo chino es, así, como una vitrina de objetos de gran valor. En *La verbena de la Paloma*, el objeto máspreciado que se ofrece a una mujer es el *mantón de la China*, que el coro de hombres ofrece a las muchachas: *un mantón de la China — te voy a regalar*, obsequio que, de tan desmesurado, provoca la incredulidad de las hembras: *venga el regalo — ¡si no es de broma!*

La China es también, en España, objeto folklórico, prenda delicada, fuerza de biombo exótico decorativo.

No es extraño, por lo tanto, que nuestros bien escasos escritores viajeros sintiesen el atractivo de China. En los capítulos en los que hablamos de Shanghai y de Pekín debemos recordar la figura de Vicente Blasco Ibáñez, cuyo libro *La vuelta al mundo de un novelista*, cuya actual reedición (después del veto que el franquismo puso a sus obras) se lee con el mismo placer que produjo su aparición hacia 1920. Otro escritor valenciano, poseedor también de una retina poderosa, Federico García Sanchiz, nos ha dejado en dos libros, *Shanghai* (1927) y *La comedianta china*, el impacto de este mundo colorista y exótico.

El cambio radical de actitud de Europa frente al mundo extremo-oriental se inicia en el siglo xx con libros como *Esquema de la Historia*, de H. G. Wells (1917), y, sobre todo, en una obra de tanta resonancia como *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler (1880-1936), publicada en 1918. La aparición de este libro da al traste con la distinción entre un centro de cultura universal del que dependen o derivan otras culturas, sino la presencia independiente y en muchos momentos simultánea de diversas culturas, cuya evolución se produce de acuerdo con unas etapas de florecimiento, técnica pura y decadencia, situación en que se encontraba la cultura europea. Spengler abre, pues, la etapa del *pluralismo cultural*.

La actitud de Spengler fue enormemente fecunda y, por supuesto, valedera para el porvenir, puesto que el análisis cronológico y paralelístico de las diversas culturas lo encontramos en la obra genial de Arnold J. Toynbee, cuyas consideraciones sobre China se anotan en otro capítulo.

Así, el editor de Spengler en España, José Ortega y Gasset, toma seguramente de él algunas ideas que nos interesa recoger. Ortega toma en consideración otras culturas y, por ejemplo, así dedica una larga atención a la «cultura del Africa negra»⁹. Pero interesa más, en este momento, analizar lo que Ortega piensa de China, tal como lo ha re-

⁹ Vid. ORTEGA Y GASSET: *Las Atlántidas*, Ed. Revista de Occidente.

cordado, muy oportunamente, el gran periodista Luis Calvo, que acompañó a los Reyes de España en su viaje a Pekín (junio de 1978).

«En su *Teoría de Andalucía*, el maestro Ortega coteja el venustísimo pueblo apostado en el extremo del macizo euroasiático con el viejo—también venustísimo—pueblo andaluz. ‘¿Qué papel ha sido el de Andalucía en este orden de la Historia?’ (La guerra, el desdén por la guerra.) Y se contesta: ‘El mismo de China. Cada trescientos o cuatrocientos años invaden China las hordas guerreras de las crudas estepas asiáticas. Caen feroces sobre el pueblo de los Cien Nombres, que apenas o nada resiste. Los chinos se han dejado conquistar por todo el que ha querido. Su táctica es la táctica del colchón: ceder. El feroz invasor no encuentra fuerza donde apoyar su ímpetu y cae por sí mismo en el colchón—en la deliciosa blandura de la vida china—. El resultado es que a las dos o tres generaciones el violento manchú o mongol queda absorbido por la vieja y refinada y suavísima manera del chino, tira la espada y empuña el abanico’»¹⁰.

La consideración de Ortega es muy sagaz, porque hay un evidente paralelismo entre el refinamiento de ambas culturas, aunque haya una enorme diferencia entre sus ámbitos geográficos, diferencia que se reduce si se integra la cultura andaluza en el enorme arco de círculo que va desde las «tierras de Occidente» (*grb*), es decir, el Algarbe y el Magreb, hasta Filipinas y el Pakistán. ¿Corresponde a esta característica refinada un cierto desmayo de la voluntad que convierte a estos pueblos en perpetuamente invadidos? Quienes hayan leído *El Gatopardo* recordarán aquella página magistral de Lampedusa en el que el piemontés Crevalley intenta comprender el alma de Sicilia a través de las palabras del príncipe de Salina. Quien le explica el sino de pueblo invadido, a través de los siglos, por romanos, cartagineses, normandos, árabes, italianos, lo que crea una desgana que se agrava en la soñarrera de un clima tórrido. Así, los pueblos refinados se dejan conquistar por las distintas clases de «bárbaros», de pueblos-horda, que arriban a sus costas, ante cuya violencia se pliegan con sumisa indiferencia, porque, en el fondo, se saben superiores a sus invasores. Es la misma actitud de los chinos frente a los mongoles, los manchúes o los japoneses. De ahí el orgulloso geocentrismo de estos pueblos, que se consideran a sí mismos como la única realidad histórica posible. ¿Hay alguien más satisfecho de ser lo que es que el pueblo andaluz? Aquel torero cordobés que se aburría en París porque allí «todos eran extranjeros» o el autor de aquella frase genial que dice «*pa nozotro, de Dexpeñaperroz p'arriba, to es Alemania*», pueden ilustrar el orgulloso desdén aristocrático—análogo al de los gitanos con los «payos»—que podríamos es-

¹⁰ ABC, 21 de julio de 1978.

tudiar como consecuencia del agudo paralelismo de Ortega al comparar las culturas china y andaluza.

Como China, Andalucía parte de una cultura milenaria y fabulosa, la cultura tartésica, con dinastías que parten del misterio ¹¹.

El ejemplo más significativo entre nosotros de esta consideración europeocéntrica de la historia nos la ofrece, sin duda, Eugenio d'Ors, capaz de escribir un importante libro sobre *La ciencia de la cultura*, intento de explicación filosófica de la evolución intelectual del hombre, apoyada en la repetición de actitudes—lo que él llama «eones»—a lo largo de los siglos, sin que sienta la necesidad de dedicar a la China más que un par de alusiones a lo largo de quinientas páginas de apretado texto. Para D'Ors, en efecto, la Cultura es un fruto de la «Ecu-mene», que procede de Roma—como eje de lo clásico y de lo católico—, quedando todo lo demás en el concepto del Exotero—que los antiguos llamarían «bárbaros», «hiperbóreos», «escitas»—todo cuanto quedaba marginado de aquel centro civilizador ¹². Ese mundo así marginado quedaría clasificado benévolutamente como «curiosidades». Una de estas «curiosidades sería China» ¹³.

Este es uno de los ejemplos más palmarios de las limitaciones que se derivan de unos esquemas histórico-culturales presididos por el punto de mira occidental, lo que convierte toda la cultura oriental en un triste aldeaño de Europa. Lo cual es históricamente falso.

Y es más grave en este caso, puesto que D'Ors aplica su doctrina, toda ella adherida a un europeísmo a machamartillo, también a la misma cultura española.

Analizado el tema en lo que se refiere al pensamiento, pasemos a la literatura.

Una madrugadora resonancia del tema que nos ocupa podríamos hallar en la novela de Nicomedes Pastor Díaz *De Vistahermosa a la China* (1858), ya que su protagonista, Javier, frívolo y donjuanesco, abandona un día sus veleidades mundanas—simbolizadas en un baile de máscaras de los duques de Vistahermosa en Madrid—para seguir la vida del misionero en China, prefigurado en su nombre, es decir, el

¹¹ La aproximación del mundo chino al mundo español tiene mucho que reflexionar. Análoga marginación de lo europeo; parecido sentido del honor y de la belleza; valor profundo de lo religioso; tendencias a un barroquismo en la estética y en la ceremonia. Se me vienen a las mientes aquellos «Apuntes de un loco», que figuran entre los *Arabescos* de NICOLÁS GOGOL, en las que este desdichado afirma que es el rey de España Fernando VIII. «Descubrí—dice—que China y España son enteramente un mismo país y que sólo por ignorancia las consideran estados diferentes. Aconsejo a todos que escriban el nombre de España y verán cómo resulta China» (*Obras Completas*, Ed. Planeta, pág. 542). Por otro lado, podríamos recordar las referencias del CONDE DE KEYSERLING en su *Europa, análisis espectral de un continente* cuando, por ejemplo, encuentra parecido entre la Meseta de Castilla y el altiplano del Tibet.

¹² EUGENIO D'ORS: *La Ciencia de la Cultura*, Madrid, Ed. Rialp, ver especialmente págs. 231 y ss.

¹³ Frente al «eón de Roma», que se ordena en torno a la unidad de la cultura, concibe D'ORS, como es sabido, el «eón de Babel», símbolo de lo confuso y lo vario. De modo que, simplificándolo, lo que no pertenece al primer signo se asigna al segundo.